

Sandro Cohen

y el desastre bueno de la poesía

Guillermo Vega Zaragoza

CHARLES SIMIC DICE QUE HAY TRES TIPOS DE POETAS: los que escriben sin pensar, los que piensan mientras escriben y los que piensan antes de escribir. Pero al parecer Simic olvida o da por sentado que el primer requisito para ser poeta es sentir.

Por eso yo digo que Sandro Cohen es un poeta que siente, piensa y escribe. Lo hace desde su primer libro, *De noble origen desdichado*, aparecido hace ya casi cuarenta años, en cuyo prólogo Luis Mario Schneider señala que en la poesía de Sandro Cohen comulga el legado y destino del mito, que en ella acepta inmolarsse y toma la expresión unívoca de un dolor, de un amor, de una alegría unánime y perennemente padecidos. La suya es, ya desde entonces, “una voz tan sólo idéntica a sí misma, ajena y propia, caduca siempre y siempre renovada...”.

Esa voz única ha crecido y se ha desarrollado a lo largo de siete libros en casi cuarenta años, siendo el más reciente *Flor de piel*, colección de poemas donde Sandro Cohen se da el gusto de echar mano de los recursos que ha ido adquiriendo, puliendo y ejerciendo para abordar con total libertad y dominio de las formas poéticas los mundos que habita: el mundo externo, la realidad cotidiana, lo que vive, observa, ama y padece, y su mundo interno, sensaciones, pensamientos y emociones del hombre sabio y maduro en que se ha convertido.

En esto habría que darle la razón a Hegel, quien consideraba que la edad más apta para la producción poética no es la juventud, sino la vejez, a condición de que se conserve la energía de pensamiento y de sentimiento, aunque bien es cierto que las obras iniciales de Sandro Cohen, sobre todo las que aparecieron en la década de los ochenta del siglo pasado (*A pesar del Imperio*, *Los cuerpos de la Furia* y *Línea de fuego*) revelan un ímpetu poético singular.

Para Sandro Cohen, “todo lo que uno lee lo influye, se vuelve parte de uno; decir que fulano me influyó es un fragmento muy pequeño de lo que realmente sucede cuando uno lee. Son muchísimas experiencias que uno acomoda y hace propias”. Como es de suponerse, los poetas de habla inglesa (como e e cummings, Walt Whitman y William Carlos Williams) fueron muy importantes en sus años formativos, pero muy pronto se enamoró de la poesía en español, entrando por la puerta de Federico García Lorca y César Vallejo, para llegar hasta Jaime Sabines, Octavio Paz y, sobre todo, Rubén Bonifaz Nuño.

Como bien asentó el poeta y ensayista Armando González Torres en el prólogo de *Desde el principio*, la poesía reunida de Sandro Cohen, esos libros “enarbolan un conjunto similar de intenciones poéticas que van a contrapelo de muchas de las tendencias llamadas posmodernas, y que buscan expresar, significar y emocionar. En este sentido, el diálogo de Sandro Cohen con la tradición es, más que vindicativo, afirmativo: no se trata de transgredir por sistema sino de volcar, en moldes reavivados, la propia experiencia”.

Estas agudas observaciones se pueden reiterar con *Flor de piel*. Cada una de sus nueve partes está conformada a partir de la unidad temática y formal. La sección que abre el volumen, titulada “Esto, en esencia, se acabó” nos muestra a un poeta en plenitud de facultades creativas, pero también con una perspicaz mirada sobre el dolor, el inevitable paso del tiempo y la finitud de la vida.

Estas palabras, que se escriben solas,
serán mi testimonio, darán fe
de que por fin lo he comprendido:
solo un poco estaremos en la tierra,
pero es de todos, como he sido todos,
y entre todos escribiremos
las palabras que urgen,
aquellas que se escapan
y que hemos dicho desde siempre.

En la segunda, “Por si lo que quieres”, Sandro Cohen acomete una vez más la poesía de talante erótico como la que domina en *Los cuerpos de la Furia*, su libro de 1983. Su erotismo, de la más fina estirpe, herencia de su maestro y amigo Rubén Bonifaz Nuño, nos lleva por los vericuetos del amor, el cuerpo, la pasión y la ternura:

Si me vas a esperar,
abre tus piernas un poquito,
lo suficiente apenas
para olvidar que sigo aquí.

Extravía tus manos,
no las busques:
solas recordarán el sitio
donde las he dejado
la última vez.

Aparta, pues, tus labios con la lengua
y piensa en todo aquello que no hicimos.

Los mundos de Sandro Cohen son amplios y ricos en experiencias. Están llenos de deseos y placeres sensuales, de música, bebida y comida, de calles, ciudades y cuerpos, de dolores y nostalgias, de preocupaciones y alegrías. Las secciones III y IV ponen énfasis en dos de los mundos predilectos de nuestro autor: la música y el ciclismo. No sé si exista una antología de poesía dedicada a la bicicleta, pero de haberla, en ella se deberían incluir varios poemas de Sandro Cohen. Como dice la colombiana Andrea María Navarrete en la introducción de su pequeña colección de poemas sobre ruedas: “La bicicleta es un tablero, una esfera, un mandala, un sistema de correspondencias, dos ruedas vivas. El pensar de un ciclista es pedalear y su pasar es pedale-arte”. Para Sandro Cohen, las ruedas de la bicicleta son representaciones de su propio universo interno que se comunica con el mundo externo, es decir, el alma y la experiencia:

Cada kilómetro
será hacia dentro
y los caminos
servirán para
llegar al fondo.

El mapa único
serán mis ojos
y con el cuerpo
llegaré a tu alma
si tú me dejas.

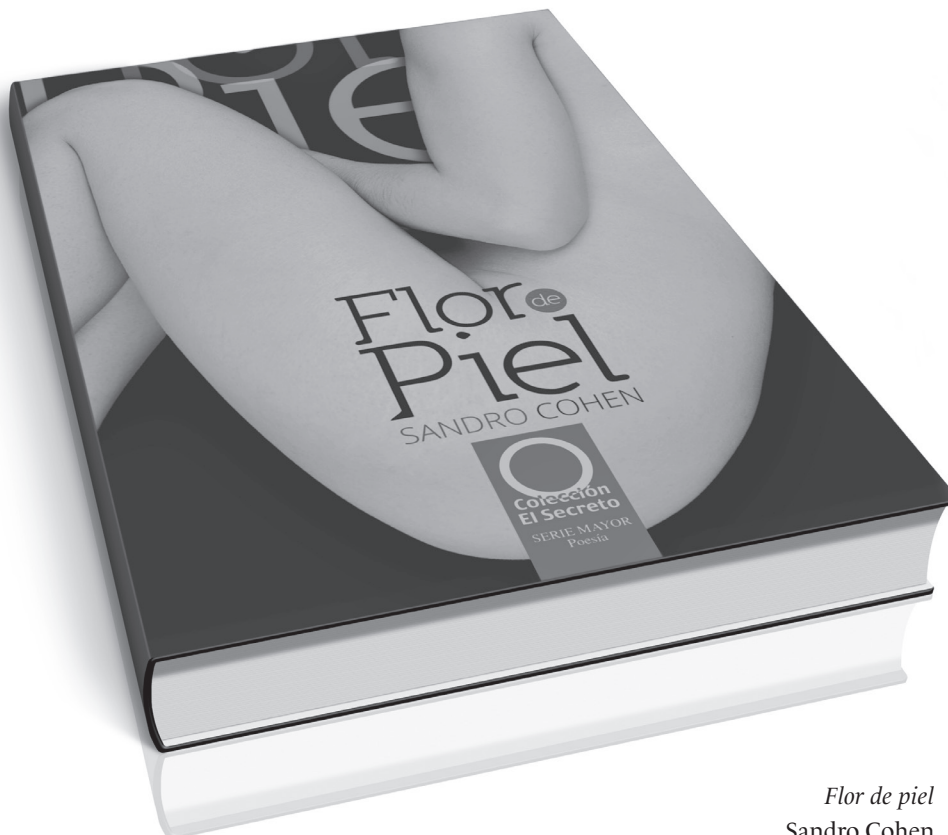
Las siguientes secciones —“Uno quisiera” y “Soy este nombre sobre papel estampado” — están integradas por apenas dos puñados de poemas, en los que reflexiona sobre el quehacer poético y la razón de ser del hombre.

Soy este cansancio, esta maldición, estas hojas donde estamos vivos, estas palabras que son eternidad, estos seres que son humanos, estas estrellas contra la noche, estos trazos a nuestra imagen, estas ganas de vivir contra toda la muerte, este grito de ser”

Yo soy, yo soy, yo soYos oy, yos oy, yos oY

“Soy este nombre sobre papel estampado”, del que forman parte estos versos, es uno de los poemas más bellos y descarnados que he leído recientemente sobre la condición humana, en estos tiempos de confusión y de zozobra, de *fake news* e individualismo exacerbado.

En las dos secciones finales, Sandro Cohen refrenda su condición de poeta pulido en el dominio de las formas clásicas. Sin embargo, aquí hay que hacer una aclaración. Precisamente al leer los sonetos que conforman “Agua sobre sales” y los haikus de “Dieciocho vistas desde Monte Albán”, recordé un ensayo que publicó



Flor de piel
Sandro Cohen
México, El Errante Editor, 2017, 120 pp.

Sandro en 2011, titulado “El verso libre no tiene la culpa” donde deja claro de una vez por todas el falso debate entre “formalismo” y “versolibrismo”. Escribir en el llamado verso libre puede llegar a ser hasta más arduo que la poesía “medida”, por llamarla de alguna manera, porque la poesía no puede ser totalmente libre, debe atenerse a ciertas reglas propias de la poesía. Si la poesía se libera totalmente de sus formas rítmicas, deja de ser poesía y se vuelve simplemente prosa.

Y acometió entonces Sandro Cohen:

Estamos hablando de arte, no de *enchilameotra*: quien piense que la espontaneidad lo es todo se equivoca. La poesía debe amanecer fresca en cada lectura, y para lograr ese fin el poeta requiere de mucho colmillo, necesita echar mano de cuanto truco conoce y pueda aprender. La sinceridad del poeta tiene que transmitirse a un público que él no conoce; debe universalizar su expresión y no perderse en el cuento superficial. Las formas —las que sean— se comportan —ya lo hemos visto— como vehículos expresivos, y esto incluye a la versificación irregular, libre o llámese como se quiera. La poesía es un arte, y ningún arte se domina por equivocación o azar; tampoco en tres días. El poeta que no tiene oficio es un diletante, y tener oficio implica versatilidad, un amplio manejo de recursos artísticos y la dedicación que conlleva un gran respeto. Este respeto entraña —a su vez— la obligación de asimilar sus lecciones; si no, estaremos condenados al descubrimiento del eterno hilo negro.

Flor de piel es un libro múltiple y complejo, como es la vida misma, como lo es el propio ser humano, pero también es un libro bello y esperanzador, como lo debe ser el verdadero arte y la verdadera poesía. Aunque a veces la vida puede llegar a parecernos un desastre del que no podemos escapar, la obra de poetas como Sandro Cohen nos hace ver las cosas de otra manera:

La vida es buena, pues me ha dado tanto
que a veces de crearlo soy incapaz.
He sembrado, apuntado unas palabras
que luego olvido, pero engendran hijos
y lo recuerdo todo, con un peso
que resulta difícil de cargar.

E imaginé tus labios en mi cuerpo,
en todas partes de mi cuerpo laso,
en los trazos profundos del desastre
que reúno con celo y con amor.
Después de todo es un desastre bueno.
Y ahora es tuyo también, por si lo quieres. ▲▲